

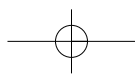
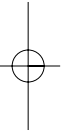
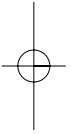


## Debates en la librería marxista Gallo Rojo

# La vigencia del socialismo en el siglo XXI

**Lucita - Bonavena - Katz - Saénz**





Panel en la inauguración de la librería marxista Gallo Rojo

## Los desafíos de la etapa y la perspectiva socialista

Marcelo Yunes

Con una nutrida concurrencia de más de 150 personas y la presencia de medios de comunicación nacionales, el 24 de agosto se inauguró en Buenos Aires la primera librería temática dedicada al pensamiento marxista: Gallo Rojo.

El emprendimiento forma parte integral del esfuerzo de la corriente internacional Socialismo o Barbarie por recuperar y reinstalar lo mejor de la tradición teórico-política del socialismo revolucionario, que ya había dado sus primeros pasos con el relanzamiento de la Editorial Antídoto con un ambicioso plan de ediciones de clásicos del marxismo.

Para la ocasión, se organizó un debate alrededor de la vigencia de la idea socialista en el siglo XXI, en un panel integrado por conocidas personalidades de trayectoria política y académica en el ámbito de la intelectualidad de izquierda de Buenos Aires. Dieron el presente los compañeros Eduardo Lucita, editor de la revista *Cuadernos del Sur*; Claudio Katz, economista, investigador del CONICET (organismo nacional dedicado a la investigación científica en diversas áreas) y miembro de Economistas de Izquierda, y Pablo Bonavena, docente de la Facultad de Sociología de la UBA, de activa participación en el reciente conflicto docente universitario. Representando a nuestra corriente se sumó al panel el compañero Roberto Sáenz.

El debate fue seguido con suma atención por todos los presentes –inclusive hubo una ronda de preguntas, de la que reproducimos algunas respuestas–, y se centró alrededor de la cuestión del diagnóstico de la actual etapa política y de la lucha de clases en nuestra región y a nivel global, junto con una reflexión sobre las características que debe asumir un proyecto socialista en el nuevo siglo.

 **Debates**

Panel en la librería Gallo Rojo

Sin duda, se manifestaron matices y hasta visiones diferentes, que fueron debatidas con seriedad y altura por todos los participantes. En ese sentido, fue una impresión común de todos los miembros del panel el ambiente fraternal y de respeto a las posiciones expresadas, a la vez que se discutían sin diplomacia las divergencias. Considerando que en la izquierda organizada argentina suelen predominar o bien la bravata autoproclamatoria y la vocación de aplastar al que piensa distinto o bien el método del consenso y de barrer bajo la alfombra las diferencias, creemos que el tono del debate en el panel expresó una voluntad de poner sobre la mesa los debates en un marco distinto. Esto es, afirmar la propia identidad política y/o intelectual y a la vez estar abiertos a los aportes y discusiones reales con compañeros provenientes de búsquedas y tradiciones diferentes.

A continuación, reproducimos las intervenciones textuales –naturalmente, luego de ser revisadas y aprobadas por los autores respectivos– en el orden en que sucedieron durante la charla, incluyendo respuestas a preguntas de la audiencia.

Cabe resaltar que tanto los panelistas como el resto de los presentes quedaron gratamente sorprendidos tanto por lo original de la iniciativa como por la calidad y oportunidad del emprendimiento. Lo mismo fue destacado en el suplemento cultural del diario *Clarín* de Buenos Aires en su reseña del evento.

Se suma así entonces a la escena cultural marxista un ámbito que no sólo intentará poner a disposición del público lo mejor de la producción intelectual marxista, sino que también se pondrá al servicio de facilitar la circulación y discusión de las ideas socialistas con un criterio que combina amplitud, apertura y perfil propio.

Damos entonces la cálida bienvenida a la librería marxista Gallo Rojo, y no dudamos de que ya desde su inicio apunta a convertirse en un polo de atracción para los activistas, militantes, estudiantes e intelectuales que ya forman parte de o quieren sumarse a la apasionante lucha por la construcción de una alternativa socialista.

## Exposición de Eduardo Lucita

### “Recuperar la credibilidad de la idea socialista”

Cada vez que se inaugura una librería o una nueva editorial, cada vez que aparecen nuevos autores, es para nosotros un momento de celebración. Más si se trata de una librería temática como ésta. Y más aún si se llama el Gallo Rojo, en el año en que recordamos el 70º aniversario de la Guerra Civil Española.

La librería como circulación de ideas es un espacio para ejercitar esa conquista histórica de la humanidad que es el pensamiento crítico y para pensar la idea misma del socialismo. Y el socialismo, la transformación social, esa transformación histórico-cultural que acordamos en llamar socialismo, si es que alguna vez ha de ser, ha de ser crítico. No sólo crítico de toda realidad existente en las sociedades bajo la dominación del capital, sino también crítico de nuestras experiencias históricas, crítico también de nuestros propios actos y consecuencias en el presente.

Así que bienvenido el Gallo Rojo.

¿Cómo comenzar? Tal vez con una sentencia que creo compartimos.

Para nosotros, el siglo XX ha sido el siglo de las revoluciones, pero no el del socialismo. Si echamos una rápida mirada a los últimos 150 ó 160 años, nuestro balance en relación a las luchas del movimiento obrero, por su reconocimiento, su dignificación, sus conquistas y reivindicaciones materiales y organizativas, sígo convencido de que es positivo. Pero si esa misma mirada la hacemos sobre las experiencias revolucionarias bajo el estalinismo, el post-estalinismo o el maoísmo, el balance final es relativo, si no directamente negativo, a pesar de las enormes energías puestas en juego, las dificultades que enfrentaron y el heroísmo demostrado en múltiples batallas y confrontaciones.

Así, la perspectiva revolucionaria ha quedado, para las grandes masas, cuanto menos en suspenso. Las ideas del socialismo, de la transformación radical de nuestras sociedades, del anticapitalismo, han perdido credibilidad. No hay convicción en las grandes masas de que sus luchas concluyan en el anticapitalismo, en una perspectiva superadora de la mediocridad actual. Por eso es que las luchas son fragmentadas, aisladas y dispersas, sin un objetivo político de conjunto que articule las diferentes iniciativas aisladas.

Y hay aquí y particularmente en América latina una situación contradictoria: la iniciativa la tienen la burguesía y el imperialismo, que sin embargo, a pesar de la fuerte ofensiva de los 80 y 90, no han podido aplastar al movimiento social. Por el contrario, éste se ha recreado una y otra vez, ha buscado formas novedosas de organización y lucha. Pero no lo hacen por una solución global. Así que estamos en un largo período de transición...

En este contexto, la tarea central de los socialistas revolucionarios en los inicios de este siglo XXI es aportar a recuperar la credibilidad en la idea del socialismo y sobre todo en su carácter emancipador. Pero esto no puede hacerse al margen de la intervención en la lucha de clases. Tomar como punto de partida

las principales necesidades de las masas en este momento y con las especificidades de cada lugar; todo modelo alternativo a la situación actual debe partir de esta cuestión.

Pero hay muchas cosas que han cambiado. Como respuesta al agotamiento del período dorado del capital, ese ciclo único e irrepetible que va desde 1945 a 1975, el capital lanzó una profunda reestructuración de sus espacios industriales, productivos y de servicios, que contemplaba una fuerte ofensiva del capital sobre el trabajo. Donde las nuevas tecnologías, los cambios en los procesos productivos y la descentralización y deslocalización de unidades y procesos tienen un papel central.

La desregulación de los mercados, las privatizaciones, el desmantelamiento de importantes bastiones del movimiento obrero, la aparición de una enorme masa de trabajadores desocupados y otra de trabajadores precarios, no registrados, los migrantes, han debilitado los sindicatos y al propio movimiento obrero.

Más aún; prisionero de una crisis de sobreacumulación desde los años 70, e incapaz de acumular bajo las formas de la reproducción ampliada, el capital ha vuelto a ciertas formas propias de la acumulación primitiva; lo que autores como Harvey denominan acumulación por desposesión. Apropiación de tierras, de los recursos naturales, del capital social acumulado, robo de los derechos de las personas...

Estamos en presencia de la época de declinación del imperialismo americano, con sus déficits gemelos, con su tremendo endeudamiento, con la aparición de otros centros económicos, China y el sudeste asiático, que amenazan disputarle la hegemonía. ¿Cuál será la respuesta en el plano militar donde la hegemonía de EEUU no aparece cuestionada? ¿Cómo se resolverá la contradicción entre la declinación del dólar como moneda de cambio y atesoramiento de valor y el continuo crecimiento de su poderío militar? La política de guerra permanente está en el horizonte, y la vemos ya en nuestros días.

Cobran así significado los movimientos campesinos, indigenistas, de la sociedad civil en general por la defensa de la soberanía alimentaria, de la biodiversidad, del equilibrio ecológico, de los recursos energéticos, del agua, contra la privatización de los servicios, contra el libre comercio, contra la guerra y la depredación que ésta significa.

Pero todos estos movimientos son muy diferentes de los que había y de los que conocimos en los años 60 y 70. Aquellos se constituían alrededor de los sindicatos, en las fábricas, en torno a la órbita de la producción; por el contrario, los nuevos movimientos se mueven más en la esfera del consumo y la distribución, de la sociedad civil en general y de la cuestión democrática.

Las luchas obreras en este período, fragmentadas y dispersas, se dan en el marco de este abanico de resistencias, como se ha expresado en los Foros Sociales Mundiales. El movimiento obrero aparece sólo como una parte de una lucha mucho más amplia contra el neoliberalismo. En este abanico de resistencias las luchas obreras aparecen diluidas. ¿Cuál es el resultado? Que se ha puesto en duda la hegemonía del proletariado para todo proyecto de cambio y transformación.

Pero nosotros sabemos que la globalización –eufemismo que no hace más que encubrir esa tendencia histórica a la mundialización del capital– no significa la superación de las leyes y contradicciones del capital. Por el contrario es la confirmación de las mismas, su verificación a nivel mundial, en una escala inédita, que nunca antes conocimos. En este sentido es necesario reivindicar el carácter anticipatorio del *Manifiesto comunista*.

El capital trata de hacer del mundo entero una mercancía, pero el motor de esta avaricia sigue siendo la lucha capital / trabajo. Es el propio capital el que reconoce la centralidad del trabajo en la sociedad capitalista, esa centralidad que es fundamental y a la partir de la cual construiremos el socialismo del siglo XXI.

¿Qué quiero decir con esto? Que a pesar de que se mantienen los componentes esenciales del capitalismo, y sin los cuales el capitalismo no sería lo que es –me refiero a la explotación asalariada, la extracción de plusvalía, la dominación imperialista, el fetichismo de la mercancía– los cambios en el capitalismo, las mutaciones operadas en las últimas tres décadas han modificado muchos de los parámetros en que se fundaban los presupuestos de la izquierda, y esto nos lleva a reformular la estrategia para el socialismo del siglo XXI. Más aún cuando la ofensiva neoliberal y el fracaso de los socialismos reales han desdibujado el horizonte de cambio histórico.

Entonces, junto con la recuperación de la credibilidad y la esperanza en el socialismo, debemos recuperar también los debates estratégicos. Que hoy entre nosotros aparecen desdibujados; yo tengo la impresión de que al menos en nuestro país la izquierda ha quedado, hemos quedado, prisioneros del coyunturalismo, del economicismo y del estatismo propios del populismo y el estalinismo.

Hay un punto de apoyo. La caída del Muro y la implosión de la URSS que pusieron fin al período de la guerra fría, del enfrentamiento entre bloques con formas de propiedad, relaciones de producción y organización social diferentes, dejó una vez más en claro el verdadero antagonismo: explotadores y explotados, países opresores y países oprimidos.

Y es en este marco que debemos pensar el socialismo del siglo XXI.

Un punto de partida es que sabemos que ha de ser democrático y plural, autogestivo, feminista y ecologista, que impulse el protagonismo social, que la experiencia del partido único hace que las contradicciones inevitables en la sociedad en transición se expresen en su interior y lo neutralizan; que debe haber libertad de organización y expresión para las distintas tendencias revolucionarias. Y que es necesaria una nueva relación entre las masas y el partido, y entre éstas y el Estado. La experiencia del Che en los primeros años de la revolución cubana es orientadora en este sentido.

Está asimismo en disputa la cuestión del sujeto, y como resultado de esto, el problema de la organización política y la forma partido. Lo mismo sucede con la cuestión del Poder y las vías para lograrlo, así como el problema de la hegemonía, la constitución de un bloque de clases y fracciones que se oponga al bloque dominante. Es la “polis”, recuperar la capacidad de hacer política, que la izquierda pareciera haber perdido.

El surgimiento de la revolución bolivariana en Venezuela y su influencia en la región, el triunfo popular en Bolivia y la reciente recuperación de su renta petrolera, la propuesta del ALBA y el reciente Tratado de Comercio entre los Pueblos firmado por Cuba, Venezuela y Bolivia, muestran que hay otra forma de comerciar, de relacionarse solidariamente, por fuera del mercantilismo de la época. Y que tal vez estemos inaugurando un nuevo tiempo en la región.

Al compás del ciclo expansivo que transita la economía latinoamericana, parecieran abrirse ciertos espacios de acumulación para las burguesías locales que se contraponen con las visiones catastrofistas que dan por agotadas las vías reformistas. Se corre el riesgo aquí de confundir tendencias históricas con fenómenos coyunturales. Pero en este contexto complejo y contradictorio es que debemos intervenir, buscando nuevos caminos y senderos para el socialismo del siglo XXI.

Para terminar, en nuestro país nada de esto es posible, ni siquiera el debate, si la izquierda no se constituye como una fuerza nacional.

Si continúa en el debate de pequeñas parcialidades, de confrontaciones estériles entre sí. Que la colocan como formando parte de un juego de espejos, donde la izquierda, o las distintas fracciones, sólo se superan a sí mismas. ¿Cómo podemos aportar a la recomposición y reorganización del movimiento obrero y social si la política de autoconstrucción de los pequeños grupos muchas veces se antepone a las necesidades de la gente y del movimiento social?

La lucha por el reagrupamiento de la izquierda anticapitalista forma parte de la construcción del socialismo del siglo XXI en América latina y también en Argentina. Pero, ¿cómo aportamos a ese reagrupamiento si no rompemos con nuestra historia de canibalismo, de luchas fraccionales, en la que muchos de nosotros hemos sido campeones sin corona?

A esta altura de nuestra historia política y personal, ¿comprendemos que la lucha por el socialismo no es una imposición dogmática de objetivos preestablecidos, de verdades reveladas, sino que por el contrario es un inmenso laboratorio de experiencias sociales y políticas, donde estamos en condiciones de aportar pero donde también tenemos que aprender?

¿Cómo hacemos para romper una cultura sectaria en la que todos nos formamos y plantear propuestas radicales pero al mismo tiempo estar abiertos a los cuestionamientos de las masas? ¿Cómo hacemos para interpelar al movimiento social pero al mismo tiempo ser receptivos a sus críticas y propuestas? ¿Cómo nos paramos frente a gobiernos con iniciativa política y apoyo de masas, aunque éste no sea más que un consenso pasivo? En última instancia, ¿cómo formulamos una nueva forma de intervención política desde la izquierda anticapitalista en las nuevas condiciones impuestas por el capital y la burguesía?

Es claro que se necesitamos estar abiertos al diálogo, al debate fraterno, y tener una política de alianzas amplia (al interior de la izquierda pero también más allá de la izquierda) para aportar a la constitución de un bloque de clases y fracciones que se oponga al bloque de las clases dominantes.

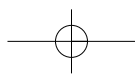
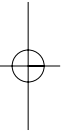
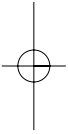


 **Debates**

Panel en la librería Gallo Rojo

Es sólo un breve listado de preguntas, interrogantes y de dudas, seguramente incompleto, y cuyas respuestas pueden ser de lo más variadas, pero tal vez intentando dar respuestas este inicio del siglo XXI nos permita proyectar un futuro socialista esperanzado.

Sé que dejo abiertos más interrogantes que respuestas, pero como dijera Daniel Bensaïd cuando estuvo por aquí hace algunos días atrás, más vale admitir lo que se ignora, o los obstáculos y peligros a vencer, que teorizar una y otra vez con viejas fórmulas, lo que no es más que teorizar sobre nuestra impotencia.



## Exposición de Claudio Katz

### “Latinoamérica es el centro del desafío al imperialismo”

Muchas gracias por la invitación y es por supuesto muy bueno inaugurar una nueva librería debatiendo el socialismo del siglo XXI. Yo creo que atravesamos un excelente momento político para hablar del socialismo como futuro y porvenir y no como un sueño perimido. Es completamente inútil que discutamos el socialismo en términos de nostalgia o frustración.

La primera pregunta es: ¿podemos ser optimistas o se impone un tono pesimista para analizar este tema? Yo creo que todo depende de cómo nos ubicamos. Si comparamos con los años 70 o con los sueños de ese momento puede imperar un clima de desazón, pero si contrastamos la realidad de hoy, año 2006, con la coyuntura predominante en los 90, el ángulo cambia. Dudo mucho que nos hubiéramos juntado en 1996 para hablar del socialismo. En ese momento el término estaba fuera de foco. A lo sumo, habríamos discutido sobre lo que pasó en la URSS, si fueron o no estados obreros burocratizados. En cambio, ahora utilizamos en concepto socialismo del siglo XXI, que no lo inventamos aquí, sino que viene del proceso bolivariano. Y seguramente en estos momentos hay muchas reuniones en Venezuela, en Brasil, en distintos países de América Latina que están analizando el socialismo del siglo XXI. Entonces, existe una convocatoria de peso y es importante porque no estamos aislados, en un pequeño grupo de un país aislado hablando de un tema que inventamos.

El socialismo del siglo XXI está en la agenda no sólo por Venezuela, sino también por Cuba, porque si en la isla hubiera ocurrido algo semejante a lo que sucedió Checoslovaquia, en Hungría o Polonia tampoco estaríamos hablando de proyecto anticapitalista. Debatiríamos por qué cayó Fidel y tenemos un presidente elegido en Miami. Estos dos hechos en Cuba y Venezuela sirven además de contrapeso frente a los dirigentes y partidos que alguna vez hablaron de socialismo y que les da miedo sugerir esta palabra en cualquier reunión. Lula, Tabaré, Bachelet, primero archivaron el socialismo, luego las reformas y ahora aplican la política socio-liberal que les dicta la clase dominante.

Creo también que hablamos de socialismo porque estamos en Latinoamérica, es decir en la región del planeta que se ha convertido en el centro del cuestionamiento al neoliberalismo y de gran desafío al imperialismo. Es la zona donde varias rebeliones populares tumbaron presidentes reaccionarios, especialmente en Argentina, Bolivia y Ecuador. América Latina es una región donde se han conquistado espacios democráticos muy amplios y se han recuperado tradiciones combativas. Hay un hilo conductor que los capitalistas no lograron romper. Aquí hubo continuidad de procesos combativos, organizaciones, tradiciones y trayectorias que nos permiten volver debatir el ideal socialista. Y en este punto tenemos varios temas en la agenda.

Creo que en los últimos años avanzamos mucho en la caracterización del funcionamiento y la crisis del capitalismo. Hay estudios realmente muy intere-

santes y renovadores sobre la etapa, la mundialización, las transformaciones financieras y tecnológicas, y sobre todo estudios sobre el imperialismo. Se progresó mucho en la investigación y denuncia del sistema, pero no tanto en la elaboración de alternativas. Y este bache es clave, porque cuando no hay opciones crece la resignación, aparece el pesimismo y se multiplica el escepticismo. Los socialistas tenemos que ofrecer no sólo una sólida crítica al sistema, sino también propuestas para superarlo. Por eso hay que hay recuperar y desenvolver el socialismo como proyecto.

Tenemos que exponer nuestro modelo histórico de sociedad post capitalista frente a los neoliberales, que tienen un imaginario de sociedad regida por el mercado, y frente a los antiliberales que conciben una sociedad regulada por normas estatales. Son mitos y creencias que encubren la explotación, y nosotros tenemos que contraponer nuestro planteo de largo plazo.

Y este programa supone primero rescatar la idea del comunismo. Un norte estratégico de sociedad sin exploradores ni explotados, una sociedad de igualdad, libertad y bienestar. Este proyecto enfrenta obstáculos políticos, ideológicos y sociales, pero no antropológicos. Es una sociedad posible, y nuestra desafío es encontrar los caminos para alcanzarlo, no mañana pero sí en el futuro. Y también sabemos que será transitado por una etapa anticipatoria de socialismo, que implicará el desarrollo de la propiedad pública y el avance de la autogestión popular, y seguramente en muchos casos de regiones periféricas esa transición socialista incluirá un largo período de coexistencia del mercado con la planificación.

Y este proyecto podemos discutirlo sin ningún temor a realizar balances del pasado. No tenemos ningún inconveniente en precisar qué fue la URSS, Europa oriental y hoy China. Fueron todos procesos que contuvieron elementos de transformación revolucionaria, ingredientes de socialismo, pero sólo eso. Ahí no hubo comunismo ni socialismo, y en mi opinión tampoco estados obreros burocratizados al cabo del tiempo. Fueron formaciones burocráticas y es importante definir también el grado de restauración capitalista en cada caso, y especialmente en lo más polémico, que es la definición actual de China.

Pero también hay otro aspecto clave que el modelo económico del socialismo. Hay mucho que aprender de la URSS y de los desequilibrios del modelo de centralización burocrática, así como de su complemento opuesto: el esquema descentralizado que se ensayó en Yugoslavia y Hungría, y que intentó la *perestroika*. Todos simulaban el mercado sin ningún control popular, y terminaron generando contradicciones irresolubles. Este tema lo analizo en detalle en mi libro *El porvenir del socialismo*.

Pero creo que lo esencial se ubica en el plano político. Y aquí mi afirmación es contundente y tajante: sin democracia no hay socialismo. Lo que necesitamos es una democracia genuina, no las poliarquías elitistas y tecnocráticas que conocemos bajo el capitalismo. Un régimen de soberanía popular real, donde la población decida efectivamente, y eso será democracia socialista, un modelo completamente alejado del esquema piramidal de partido único.

No hay que ser ingenuo, y sabemos que una transformación anticapitalista requerirá regímenes de excepción, acciones de fuerza para enfrentar la contrarrevolución. Pero cuidado: un proyecto socialista tiene que cuidar mucho lo que hace. Cualquier restricción a la democracia debe ser transitoria, como hecho indeseado y avalado por circunstancias de peso. Aquí no hay ninguna novedad. Todas las constituciones burguesas avalan el estado de sitio, pero no se puede eternizar un momento de excepción, como ocurrió en la URSS y actualmente se observa en China. Por ese camino el proyecto socialista queda sofocado, y la población pierde confianza y no defiende a un sistema porque ya no lo considera suyo. Entonces, estos balances son importantes porque contribuyen a nuestra comprensión del socialismo.

Pero la reflexión no es sólo de modelos y balances. También incluye las estrategias. No basta decir lo que queremos. El problema es cómo lo alcanzamos, y obviamente es mucho más complejo definir cómo llegamos a nuestra meta que ponernos de acuerdo en la sociedad que construiremos. Y los problemas son múltiples, porque incluyen todos los terrenos: el campo social, electoral, organizativo, y por su supuesto la lucha por el poder. Suponer que se puede lograr la nueva sociedad sin conquistar los resortes del poder es una fantasía de algunos autonomistas. Pero me parece que el desafío más complejo de nuestra época es la combinación de la reforma con la revolución. Aquí todos pisamos un terreno complicado: cómo enlazar la batalla por mejoras sociales con la ruptura anticapitalista, cómo evitar la separación y sobre todo las convocatorias a fracturar por completo estos dos procesos.

Algunos nos dicen "primero hacemos la reforma y después, algún día, haremos la revolución", y con esa divisoria tan contundente se crea una antinomia. Yo creo que esa separación es falsa. Quienes dicen "ahora resolvemos los problemas inmediatos y mañana discutimos el socialismo" olvidan que el capitalismo no nos deja resolver esos problemas inmediatos. Por eso discutimos el socialismo. Tenemos que retomar este problema en términos transicionales pero sin ningún catastrofismo. Discutir consignas, plataformas, para ver los enlaces entre lo que la mayoría piensa que es factible y la dinámica que empuja a desbordar al capitalismo para garantizar esos logros. Es una discusión estratégica, obviamente muy distinta en cada país y en cada región.

Actualmente hay una zona que nos conmueve a todos y que plantea problemas de una manera muy específica, porque ahí se vive una tragedia. Todos los días nos levantamos atentos a lo que sucede y no podemos creer lo que vemos: ese nivel de masacres, de impunidad y de sufrimiento. Y para acabar con esta sangría es necesario el socialismo, pero que tendría los caminos peculiares que impone la solución del problema nacional palestino. Primero derrotar al colonialismo que ejerce Israel, pero luchando por la hermandad de los pueblos: judíos, cristianos y musulmanes actuando en contra de sus opresores mediante la construcción de un estado único, laico y democrático de Palestina. Y no sabemos si esa batalla será directa o atravesará por conquistas intermedias, signadas a partir del retiro de Israel a la frontera de 1967. En cada región las estrategias son distintas, pero el objetivo es el mismo: terminar con

 **Debates**

Panel en la librería Gallo Rojo

la explotación, poner fin al desangre, construir un mundo de hermandad y solidaridad.

Entonces, concluyo volviendo al principio: estamos en un buen momento para discutir el socialismo del siglo XXI, y en un buen lugar entre compañeros. Y mi argumento final a favor del socialismo es muy sencillo: es la sociedad que nos interesa a todos los trabajadores. En cualquier reunión popular no hay empresarios, banqueros, industriales. Entonces, ¿por qué tenemos que debatir modelos capitalistas? No son nuestro sistema. ¿Por qué tenemos que enfrascarnos en debates sobre si es mejor: el capitalismo regulado keynesiano o el capitalismo neoliberal desregulado? Es una discusión de ellos, no nuestra. Siempre va a ser más productivo reflexionar sobre el socialismo que dilucidar si alguna vez va a emerger o no otro modelo de capitalismo en la Argentina, en América latina o en algún país. Nosotros sabemos que el capitalismo puede tener muchos rostros, pero es sinónimo de miseria, de humillación, de sufrimiento, y los socialistas queremos un mundo distinto. Ése es nuestro planteo y nuestro mensaje socialista. Así que de nuevo gracias por la invitación y mucho éxito con la librería.

## Exposición de Pablo Bonavena

### “Ha retrocedido el socialismo como alternativa al capitalismo”

También quería agradecer la invitación y saludar la apertura de la librería. Me parece una iniciativa muy importante, lo mismo que la política editorial que la acompaña.

Mi intervención estará ceñida a mis lecturas habituales y a mi trabajo como docente e investigador de la temática del conflicto social.

La pregunta sobre las posibilidades del socialismo en el siglo XXI hay que instalarla en un marco de situación que expresa necesariamente las relaciones de fuerza. Cada análisis de situación debe ser abordado con todas sus novedades, con sus peculiaridades, con su originalidad procurando una evolución de la teoría, ya que no hay posibilidades de imponer una revolución sin teoría de la revolución.

Para emprender esa tarea es necesario, siempre, procurar superar los esquematismos y los estados de ánimo. Es decir, aquellos elementos que son limitantes para la capacidad de observación científica, tal como postula el marxismo.

También es importante tener cuidado en no caer en una lectura de la realidad desde un principismo que no sería otra cosa que una forma de idealismo, es decir, que hay que asumir la tarea desde las indicaciones que prescribe la teoría. Si bien esta sugerencia es obvia, no siempre es tenida en cuenta, especialmente en una etapa como la que estamos atravesando en los últimos tiempos, que es una etapa descendente de la lucha de clases vista desde el proletariado.

Marx diferencia etapas ascendentes y descendentes de la lucha de clases. En esta última, al menos en general, se dan más condiciones de posibilidad para que circule y domine la confusión. Con mis compañeros de tareas en la cátedra sobre Conflicto Social de la carrera de Sociología (UBA) comentamos de vez en cuando que los tiempos actuales tienen cierta analogía, salvando todas las distancias, con la situación que imperó en el campo revolucionario luego de la derrota de la Comuna de París.

Producto de aquella derrota aparecieron miradas parciales de los procesos; estados de ánimo que eclipsaban la teoría, se esencializaban formas de lucha, etc. Es decir, toda una serie de problemas que reflejaban un retroceso en la teoría. Allí se fueron acuñando tendencias como el reformismo, como el sindicalismo revolucionario, que justamente no expresaban un desarrollo de la teoría formulada por Marx y Engels sino más bien lo contrario. Una situación parecida, si vale este ejercicio de comparación, se puede observar en la actual etapa. Por ejemplo, el debate sobre el autonomismo recuerda los debates del marxismo con el anarquismo alrededor de la temática del autoritarismo, etc. Pareciera que renacen obstáculos y se retrocede teóricamente producto de una derrota.

Las posibilidades de construcción del socialismo en este nuevo siglo enfrentan esos inconvenientes. Sin embargo, como lo demostraron Lenin y Trotsky

—además del propio Marx— volviendo sobre la derrotada experiencia de la Comuna se puede desarrollar la teoría para fundamentar la teoría revolucionaria en otra etapa.

No hay que dejar, entonces, que la derrota, que el momento descendente en la lucha revolucionaria, obstruya el desarrollo de la teoría revolucionaria, que se expresó muchas veces en los últimos tiempos en la disolución de núcleos teóricos revolucionarios para ser reemplazados por concepciones del cambio social gradual, interno al régimen capitalista, abandonando el camino de la lucha revolucionaria violenta.

Para no caer en los errores que vengo apuntando, y para aportar a una fundamentación de las prácticas revolucionarias, debemos partir de un análisis de la situación, ya que la caracterización de una etapa es la que determina los pasos a seguir.

En principio, y entrando en este ejercicio de hacer cierto análisis de situación, entiendo que no se puede poner en cuestión un primer diagnóstico. Ninguno de los que abrevaban en el marxismo, seguramente, pensó durante gran parte del siglo XX que el siglo XXI encontraría tan mal parada a la clase obrera y al socialismo en sus inicios. Insisto, yo creo que ni la mirada más pesimista vislumbró un presente para el socialismo tal como el que tenemos.

Por el contrario, en general se evaluaba, por ejemplo, que el crecimiento de la participación del proletariado en la producción material mejoraría las posibilidades corporativas y políticas de la clase obrera. Se suponía que habría una importante acumulación de conocimiento y experiencias sobre las luchas protagonizadas por la clase obrera en distintos procesos revolucionarios. Se suponía que muchos experimentos socialistas gozarían de buena salud, o por lo menos una mejor salud de la que tienen ahora.

Nadie pensó un panorama tan sombrío. Más allá de todas las especulaciones, hoy día podemos afirmar que entre las masas proletarias del mundo no existe una conciencia socialista. No hay, por ende, partidos proletarios autónomos significativos, no existe ninguna organización internacional con anclaje de masas, etc.

Durante el siglo XX se pensaba que, con avances y retrocesos, se irían instalando niveles de conciencia proletaria en un siglo plagado de situaciones revolucionarias y aún de revoluciones.

Lo cierto es que hoy día el capital tiene una iniciativa estratégica muy importante a nivel mundial, pero al mismo tiempo se desenvuelve en un marco de crisis. Esta es una peculiaridad de la situación: hay una ofensiva estratégica en el marco de una crisis.

Ahora bien, muchas veces se supone que la contrapartida de esa crisis es un ascenso automático de las luchas de la clase obrera. Se especula con un crecimiento automático del proceso de autoorganización de la clase obrera en cuanto tal como contrapartida de los problemas del capital.

Sin embargo, las crisis sólo abren posibilidades políticas, pero no existe una relación polar directa entre los males del capitalismo y los beneficios de la clase obrera, pensando en su autoorganización como clase. La crisis brinda posibili-



dades, pero nada más. Lo otro no es automático, y la subjetividad de la clase obrera, para la teoría marxista, es un factor necesario para el desarrollo de la revolución. Y esa subjetividad, en el marco de esa crisis, demuestra un considerable retraso, por lo menos respecto de una fundamentación socialista con anclaje en el marxismo.

Nuestra actualidad, volviendo a ese ejercicio de comparación con el final del siglo XIX y los inicios del siglo XX, contrasta mucho con aquella etapa. Indudablemente, si bien esos años posteriores a la Comuna ensombrecieron el panorama, a partir de la revolución de 1905 la perspectiva fue otra. El socialismo, durante la Primera Guerra Mundial y a su salida, se fue instalando con más fuerza como una perspectiva posible en las masas. Era un horizonte posible para grandes sectores del proletariado y otras fracciones sociales explotadas, al mismo tiempo que tenía un correlato en la instalación real.

Nuestro inicio de siglo es muy distinto. En el siglo XX, llamado el siglo de las revoluciones o el siglo corto, el socialismo siempre fue una perspectiva, incluso en sus variantes (algunos dirán en sus deformaciones). Siempre fue una alternativa. Por ejemplo, recordemos el peso que logró la línea socialdemócrata alemana.

Ahora bien, esta realidad ahora no existe. El socialismo no está planteado como una alternativa. El compañero aquí enumeró una serie de factores que seguramente intervinieron para construir esta situación. Yo repaso algunos. Por un lado, seguramente el impacto que tuvo el fracaso de las experiencias socialistas. La caída de la URSS es uno de los factores que interviene en la construcción de esa realidad: la ausencia de perspectiva socialista.

Pero también debemos reconocer que la burguesía soñaba con un siglo XX armonioso, que eso tampoco se cumplió. El deseo de un capitalismo como un sistema en perfecto equilibrio (como lo pensó Talcott Parsons en algún momento) no se cumplió. Sin embargo, debemos reconocer la capacidad de la burguesía para acumular muchas de las experiencias traumáticas por la que atravesó. Es necesario reconocer una capacidad de anticipación a muchos de los procesos, abortándolos. Y este es otro factor que eclipsa el horizonte del socialismo como perspectiva. La burguesía desarrolló una importante capacidad de intervención preventiva expresada en la capacidad de anticiparse y de cooptación. Pero claro, el señalamiento de estas virtudes y potencias no significa la ausencia de problemas, torpezas y limitaciones. Por ejemplo, cada vez es más notable la debilidad militar para dar sustento a su política imperialista.

Más allá de esto, lo cierto es que ha reducido considerablemente toda idea de socialismo como alternativa al capitalismo. Hay una notable pérdida de conciencia de clase, entendida como la clase obrera actuando con independencia, con autonomía. Hay una creciente instalación de la idea de que únicamente se puede mejorar la situación de los trabajadores —como contrapartida al descrédito del socialismo— en el marco del propio capitalismo. Creo que, además, hay algunos factores muy importantes que también operan, como la despoltización en sectores de la clase obrera y la juventud, y también el fetichismo de la democracia.

 **Debates**

Panel en la librería Gallo Rojo

Ésta es la situación donde se piensa el socialismo hoy, y dentro de este panorama no veo aún un proceso de recomposición de la clase. Algunas organizaciones marxistas tienen ese diagnóstico, para lo cual enumeran una serie de conflictos, de huelgas, de movimientos de protesta. Pero en mi opinión los conflictos que se enumeran son indicadores de la vigencia de una ley social: la lucha de clases. No serían observables de un proceso de recomposición. Hay lucha de clases, pero su existencia no determina quién vence y quién acumula en ese proceso de confrontación. Yo no veo que haya, entonces, ese proceso de recomposición que comience a prefigurar un cambio de signo la actualidad. Hay luchas, pero no marcan un cambio de orientación en el proceso descendente de la lucha de clases.

Desde ya que este análisis puede ser tildado de pesimista, pero nosotros sabemos que el pesimismo o el optimismo son estados de ánimo que no deberían involucrarse cuando uno está planteando estas cosas; la realidad debe ser medida sin quedarse en la mera impresión.

## Exposición de Roberto Sáenz

### “Con el ciclo de rebeliones en la región vuelven los debates estratégicos”

Voy a comenzar agradeciendo a todos los compañeros que se han hecho presentes en esta inauguración, sobre todo, a los panelistas: Eduardo Lucita, Pablo Bonavena y Claudio Katz.

Todas las intervenciones de los compañeros que me han precedido, cada una con su matiz, se han centrado en los problemas del *diagnóstico de la situación mundial*. Es decir, sobre las condiciones en las que se desarrolla hoy la lucha de clases a nivel internacional, marco de actuación de los socialistas revolucionarios.

El elemento más general es que enfrentamos un contexto donde, como nunca antes —a excepción de la crisis del 30—, el capitalismo se muestra *agotado desde el punto de vista de las posibilidades y perspectivas de progreso para las mayorías*. Las últimas décadas, con la mundialización capitalista neoliberal, han significado, en términos generales, un claro *retroceso en las condiciones de vida, salario y trabajo para la inmensa mayoría de la humanidad*. Un período donde las tendencias a la acumulación de elementos de barbarie y fragmentación social han superado con mucho las tendencias de progreso.

Para ser claros: claramente se ha instalado el hecho de que el capitalismo, aun desarrollando determinadas ramas productivas, países y regiones donde emergen nuevos contingentes de la clase trabajadora —algo que para nosotros es estratégico—, al mismo tiempo está en un momento histórico donde *los elementos de regresión social superan, con mucho, los de progreso*.

#### EL DIAGNÓSTICO

Pero me quiero referir a tres elementos más concretos del análisis de la situación mundial. El primero, es la cuestión que el compañero Pablo planteó con toda crudeza: *el problema del diagnóstico*. Pablo tiende a dar uno mucho más negativo de las condiciones en las que se desarrolla la lucha de clases de lo que vemos nosotros (lo que para nada quiere decir que esté exenta de problemas y dificultades). Tiende unilateralmente a subrayar demasiado la *continuidad* entre las condiciones de los 80 y los 90 y las de ahora.

Transitamos un nuevo ciclo de la lucha de clases mundial marcado por una creciente crisis de legitimidad y hegemonía del imperialismo yanqui y por la caída histórica del estalinismo. Un ciclo distinto al de la primera mitad del siglo XX, marcado por la Revolución Rusa de 1917, y al de la segunda mitad del siglo XX, marcado por revoluciones anticapitalistas, pero no obreras ni socialistas. No me puedo referir aquí al conjunto de los elementos de este período histórico nuevo, pero quiero dejar sentado que desde el punto de vista más

objetivo, en el comienzo del siglo XXI, con el empantanamiento de EEUU en Iraq y Afganistán, con la señalada crisis de legitimidad y hegemonía del imperialismo yanqui y con el desarrollo del ciclo de rebeliones populares latinoamericanas —entre otros múltiples fenómenos de resistencia—, lo que emerge es *un escenario mundial de polarización de la lucha de clases y un cambio en las relaciones de fuerza, más favorables que en las dos décadas anteriores.*

A nuestro modo de ver, es evidente que hay un cierto quiebre con respecto al diagnóstico entre las décadas del 80 y 90 y el comienzo del siglo XXI. Eso lo digo desde el punto de vista objetivo y de la lucha de clases, que marca claras diferencias, y no sólo en América Latina. Aunque es cierto que en América Latina es donde, en cierto sentido, desde el punto de vista de la lucha por las perspectivas de la revolución socialista, hay más condiciones a nivel internacional.

Pero insisto: este nuevo escenario no está circunscripto a América latina. El hecho de que el gobierno de Bush configure un factor reaccionario de la situación internacional no implica que estemos viviendo el momento de las grandes derrotas de los 80 y los 90. No es éste el momento en que Margaret Thatcher derrotó a la clase obrera minera en Inglaterra (aunque en Inglaterra hoy la recuperación de la lucha de clases es muy lenta). No es tampoco el momento en el que el conjunto de la región latinoamericana sufría los embates del neoliberalismo más crudo y puro, como en Bolivia con la ley 21.060, que liquidó a la Comibol y a la clase obrera minera en 1985. En la Argentina, tampoco es el momento del vendaval menemista, que completó la obra destructiva de la dictadura militar sobre la clase obrera.

Incluso en Medio Oriente, allí donde son más visibles los elementos de completa crisis de alternativa socialista y obrera, donde la bancarrota del nacionalismo burgués hundió las perspectivas del socialismo, está volviendo el debate estratégico respecto del Estado palestino. Es decir, el debate acerca de si la alternativa es un Estado Palestino laico, democrático y socialista o la política “reformista” —que viene fracasando— de los “dos estados”. Y no se puede dejar de subrayar la reciente derrota de Israel en el Líbano a manos de Hezbollah, aunque, al mismo tiempo, no detenga sus ataques genocidas contra la población palestina de Gaza y Cisjordania.

Entonces, yo quisiera subrayar que *hay un nuevo ciclo más favorable al desarrollo de la lucha de clases, que es internacional.* Aquí se combinan dos elementos. Por un lado, el hecho objetivo de que se está viviendo un contexto de crisis hegemónica y de legitimidad de Estados Unidos, donde no se logra establecer un orden mundial que funcione en torno a la hegemonía incuestionable de Estados Unidos. Y por el otro, existe un *proceso de acumulación en las luchas populares*, en la lucha de clases, que aunque no sea aún directa y mayoritariamente obrero, aunque tenga los límites de la crisis de alternativa socialista, tiene características de una *progresión.*

Por ejemplo, en el *surgimiento del movimiento inmigrante en Estados Unidos.* Eso está ocurriendo ahora. Y que esto ocurra en Estados Unidos —después de dos décadas de tremenda derrota, en un contexto reaccionario como

el de ese país después de los atentados a los Torres Gemelas–, que emerja un movimiento inmigrante que además combina reivindicaciones laborales, que es un movimiento de masas trabajadoras –aunque con inmensas limitaciones– con la fuerza con que lo hizo con la huelga del 1º de Mayo expresa un elemento potencial de enorme importancia. Aquí se da la posibilidad de una *acumulación de experiencia*.

Tomemos también el caso de Francia. Todos conocemos que hay un proceso político en el que, además de la rebelión de los suburbios de fines del 2005, hemos vivido el levantamiento estudiantil contra el CPE, que también se levantó como una reivindicación laboral.

En suma, existe un proceso de acumulación de experiencias y formas de lucha que, aunque sea socialmente “híbrido”, *muestra una progresión en el sentido de una mayor centralidad de trabajadores*. Incluso donde hay un amplio dominio de las formaciones militares, como en Medio Oriente, parece que durante la reciente guerra contra la invasión israelí en el Líbano, además de la acción militar de la resistencia de Hezbollah hubo un cierto movimiento civil en Beirut. Que en las ciudades, por lo que sabemos, tuvo bastante importancia, con elementos de confraternización –aunque no socialistas, muy progresivos– entre comunidades, frente a los bombardeos.

Este es, en síntesis, el primer elemento de la realidad mundial, el más objetivo: *una mejor relación de fuerzas en términos generales*. En ese sentido, creo que es completamente erróneo hacer un diagnóstico que mantenga como centro del análisis una línea esencialmente de continuidad respecto de los 80 y los 90 (aunque hay, evidentemente, una enorme cantidad de elementos continuistas). Me parece que lo más correcto es señalar que *empieza a haber un quiebre*.

#### EL RETORNO DE RASGOS “CLÁSICOS”

En el marco del diagnóstico objetivo, hay un hecho de enorme importancia “subjetiva”: aun en medio de la efectiva falta de un proceso de radicalización política anticapitalista, de la subsistencia de lo que llamamos “crisis de alternativa socialista” a nivel de la conciencia, *emergen rasgos “clásicos” de la lucha de clases, particularmente en nuestra región*. Es decir, el hecho de que el ciclo político latinoamericano ha estado marcado por el *surgimiento desde abajo de una lucha de masas con elementos democráticos y de autodeterminación*, de no encuadramiento por parte de los aparatos, como fue la característica de la segunda posguerra. Y se trata de procesos centralmente *urbanos*, donde hay una tendencia a una centralidad mucho mayor en la lucha de sectores de trabajadores en general y del proletariado en particular. Es decir, *una lucha de clases con rasgos mucho más “clásicos”*, donde lo que aparece son métodos de lucha propios y característicos de la clase obrera. En determinados países, como la Argentina y sobre todo Venezuela, ha habido experiencias de ocupaciones de fábrica, donde PDVSA llegó a estar bajo administración obrera a lo largo de dos meses. O la Comuna Popular de Oaxaca, que expresa una experiencia con fuertes elementos de “doble poder” local. Hay que saber dis-

tinguir –sin ningún facilismo ni objetivismo– el valor que tienen estos procesos, no naturalizarlos como si siempre hubieran estado ahí.

El período histórico que giró en torno de la revolución rusa de 1917 mostró a la clase obrera realizando revoluciones auténticamente socialistas, tanto triunfantes como derrotadas. Y eso, todavía, desde el punto de vista “subjetivo”, sin duda no se ha recuperado. Por ejemplo, en Latinoamérica existe una tremenda dificultad para pasar del actual ciclo de rebeliones populares a la apertura de la experiencia de la revolución social. Somos contrarios al crudo y vulgar objetivismo de ver “revoluciones triunfantes” (incluso “socialistas inconscientes”) por todos lados, y es por eso que hablamos de “rebeliones”, y no de “revoluciones”. Pero aún con la *carencia de la perspectiva socialista* que muestra el actual ciclo político, la recuperación de centralidad en los métodos de lucha de masas y los elementos de autodeterminación y acción independiente que hoy se observan constituyen *rasgos claramente distintivos y superadores respecto de lo que fue la norma en la segunda posguerra*. Esto no hay cómo desconocerlo.

Por otra parte, no creemos que se pueda considerar redondamente *todo* el siglo XX como “el siglo del socialismo”, como ha dicho Pablo. A nuestro modo de ver, en realidad, sólo la URSS de Lenin y Trotsky llegó a constituir un auténtico Estado obrero, que luego se fue degradando hasta perder ese carácter, como quedó demostrado con la ignominiosa caída de la ex URSS y los demás países “socialistas” a fines de los 80. En los países donde se expropió el capitalismo en la segunda posguerra –algunos mediante auténticas revoluciones campesinas o populares y otras “en frío”), opinamos que se trató de procesos anticapitalistas pero *no obreros y socialistas*. Y, por tanto, no se terminó dando lugar a Estados obreros en el sentido propio del término, sino a *formaciones muy inestables: Estados burocráticos de sociedades no capitalistas*.

Más allá de cualquier polémica alrededor de estas definiciones, creo que no hay como considerar al siglo XX en su conjunto como el “siglo del socialismo”. Dicho así, a secas, es completamente unilateral, y confunde también la pintura que se haga de la lucha de clases hoy. En todo caso, se lo podría valorar como un siglo que estuvo marcado por *la pelea por el socialismo*, y que dejó determinadas *lecciones estratégicas* a la hora de la lucha por reabrir la perspectiva auténtica de la revolución socialista en el siglo que se inicia.

Volviendo a la realidad política de hoy, es precisamente un rasgo actual de la lucha de clases en determinadas regiones que esta lucha *parece hoy volver a las fuentes más “clásicas”, sin el chaleco de fuerzas y el encuadramiento burocrático que tuvieron inmensas revoluciones como la china de 1949 o la cubana diez años después*.

En síntesis: el conjunto de aparatos ajenos a la clase obrera que enchalecaron, que cortaron las perspectivas emancipadoras y democráticas de la clase trabajadora; que la desplazaron, que la encuadraron, que la terminaron oprimiendo y eventualmente explotando con formas no clásicas, no orgánicas de explotación, hoy en día, o bien no existen –el caso del aparato estalinista como

tal— o están muy lejos de tener el peso de antaño. Razón por la cual también emerge una acumulación de experiencias y un proceso de recomposición de los trabajadores en la lucha de clases hoy, que se expresa, por ejemplo, por dar un caso en curso, en la Comuna de Oaxaca en México.

Por supuesto, no hay forma de desconocer que estos elementos se combinan con otro muy importante: *sigue muy presente la consideración masiva de que lo que era considerado como “socialismo” fracasó*. Sigue en pie un elemento de crisis de idealidad, de pérdida de puntos de referencia de clase entre las amplias masas, de crisis de alternativa, de perspectiva socialista. Por eso mismo, un claro elemento de los procesos actuales de lucha es que tienen elementos muy importantes desde abajo, pero a la vez esto no es acompañado por un proceso de radicalización política en un sentido socialista.

#### LATINOAMÉRICA, LA REGIÓN MÁS AVANZADA

El tercer elemento que quería destacar es la situación más específica de América Latina, porque aquí, si se quiere, la discusión se torna más concreta. Es bastante claro que está en curso un proceso que tiene elementos de continuidad, de acumulación de experiencia, donde han avanzado los mecanismos democrático-burgueses de reabsorción, *pero sin que haya habido hasta ahora grandes derrotas*.

Aunque es un proceso que está cruzado por muchas limitaciones de tipo subjetivo y de clase, es bastante claro que desde comienzos del siglo XXI, se está dando un ciclo de la lucha de clases que arrancó marcado por rebeliones populares, por levantamientos independientes, espontáneos, híbridos o mixtos desde el punto de vista de clase, desde abajo, que voltearon gobiernos. Esto ahora se está extendiendo a México, con la experiencia de la Comuna de Oaxaca, que tiene —hay que señalarlo—, *mayor centralidad de trabajadores*, como lo expresa el hecho de que el mismo núcleo de la comuna son los docentes.

Estas características son visibles en varios países de la región, si bien, por supuesto, no a todos. Una de las excepciones es Brasil, un país muy importante, el primer PBI de la región, donde no ha habido rebelión. Precisamente, Lula llegó para evitar el desarrollo de una crisis. Y en Brasil lo que domina entonces es la estabilidad, no los elementos de acumulación desde el punto de vista de la lucha por la recomposición. Pero ahora México, que es el segundo gran país de América latina, está entrando a este mismo ciclo.

Hay, entonces, países muy importantes donde —en el marco del actual momento de mediación y contención— la burguesía y el imperialismo no han logrado revertir una relación de fuerzas que se muestra *más favorable* que en los 90. Entonces, lo que caracteriza la región, a nuestro modo de ver, es que sin que haya habido todavía un proceso de radicalización de tipo anticapitalista o socialista —en el sentido que haya sectores de los trabajadores que aspiren al poder, algo de lo que estamos lejos aún—, sin embargo América Latina se ha visto cruzada por el choque entre el surgimiento de rebeliones populares desde abajo y gobiernos “progresistas” que vienen a intentar mediar o desviar el pro-

ceso, pero que no terminan de anular las potencialidades de la nueva relación de fuerzas.

Justamente, hace poco el marxista húngaro Itszván Meszáros escribió un artículo donde señala que Latinoamérica que es la región del mundo donde se puede esperar el eventual “estallido de una revolución social” en el próximo período. Por supuesto, una revolución social no puede simplemente “estallar”, sino que requiere de una serie de componentes de tipo subjetivo: organismos, conciencia, programa, partido revolucionario; elementos que están muchísimo más atrasados. Pero la mirada de Meszáros tiene su valor como punto de referencia: tiene 80 años, una experiencia importante y una visión internacional (escribe desde Londres).

#### EL RETORNO DEL DEBATE ESTRATÉGICO

El cuarto elemento al que quería referirme es que, no casualmente, *ha retornado el debate estratégico*. Eso que quiere decir. En el contexto de la década del 80 y 90, con una relación de fuerzas muy desfavorable, los temas que se tendía a discutir, escribir y trabajar eran los de las circunstancias más “objetivas”: los cambios estructurales del capitalismo, la mundialización-globalización, etc. Sin duda, los elementos del análisis más objetivo siguen teniendo enorme importancia, pero ahora *el debate se ha desplazado más hacia los elementos de estrategia política: la cuestión de reforma o revolución; la cuestión del surgimiento de experiencias con elementos de “doble poder”; las fábricas recuperadas; el problema de la relación entre los movimientos y el partido*.

Entonces, en contraste con las décadas anteriores, en las que estaba planteado en la agenda teórica básicamente el análisis de nuestro enemigo, del sistema, del capitalismo, el elemento que hoy signa los tiempos –más aún en América latina, aunque tiene cierta irradiación internacional– es el hecho de que desde un Estado que es capitalista de Estado, no “socialista”, como Venezuela, su presidente haya comenzado a hablar del “socialismo en el siglo XXI”. Al ser el propio gobierno del Estado capitalista venezolano quien plantea ese debate, tiene mucha más repercusión de lo que podría lograr el esfuerzo de la vanguardia organizada en las corrientes revolucionarias. No hay que olvidar que hace pocos años de lo que se hablaba era de la “muerte del socialismo”. Entonces, el hecho de que se instale como problemática, aunque sea en forma vaga, general, e incluso tramposa, la cuestión del socialismo, debe necesariamente reflejar algo de la lucha de clases.

Hay otros debates estratégicos apasionantes. Por ejemplo, *ha regresado el debate respecto de la unidad latinoamericana*, que había sido candente en los 60 y los 70, pero que en las últimas décadas estaba prácticamente muerto. El único debate que existía era el de la integración de las republiquetas latinoamericanas a la globalización y a la mundialización. Por supuesto que esto, como proceso material, objetivo, continúa en lo esencial. Pero como otro signo de los tiempos, los nuevos presidentes “progresistas” coquetean con la idea de la unidad, y se juntan para hacer demagogia sobre el tema en una seguidilla de



reuniones internacionales que, desde ya, están realmente al servicio de “hacer negocios”. Así lo reconoció Evo Morales, y es por tanto evidente, para nosotros, que cualquier proyecto de unidad genuina sólo puede venir de la mano de la clase trabajadora; *no es posible ninguna unidad real de la mano de los grandes grupos capitalistas*. Pero, no obstante, el resultado de esos encuentros es que se instala la discusión.

Asimismo, se abre el debate sobre el carácter de los nuevos gobiernos: un arcoiris que va desde los “normales” como Lula hasta el nacionalismo burgués de un Chávez o el frente populismo de Evo Morales, así como la discusión sobre el hecho de que algunos de ellos llevan a cabo “reformas”.

*Vuelve entonces el clásico debate sobre reforma o revolución*. Porque desde el gobierno y el Estado se toman medidas parciales, limitadas, tramposas, pero que tienen una combinación distinta de cambios y continuidad respecto del neoliberalismo puro y duro de los 90, aunque los rasgos continuistas sean muy marcados.

Lo que me interesa subrayar aquí es, en suma, las implicancias de este retorno de los debates estratégicos: sobre la relación entre movimientos y partido; sobre el sujeto social de la revolución; sobre la clase trabajadora; sobre la unidad latinoamericana; sobre el socialismo del siglo XXI; sobre el poder (digamos de pasada que Holloway ya ha quedado en ridículo y el autonomismo viene en baja). Todo esto está reflejando a nivel del intercambio de ideas y de la polémica, que por abajo *estamos transitando un período político con elementos distintos, con elementos de acumulación, aunque todavía diste de ser una acumulación en el sentido socialista*.

#### EL BALANCE DEL ESTE

Dos notas más, rápidamente. En el debate quedó instalada en cierto modo la discusión acerca del balance del supuesto socialismo del siglo XX. Ahí me parece que es importante el debate hacia delante y también hacia atrás. Para adelante, coincido con lo que decía Claudio en el sentido de que no es un debate para llorar o para desmoralizarse, en el sentido de que no hubiera condiciones o posibilidades para relanzar la pelea por el socialismo. Desde ese punto de vista, coincido completamente. Pero, al mismo tiempo, subrayo que *el debate crítico sobre las polémicas que cruzaron en el siglo XX a las distintas tendencias socialistas revolucionarias*, a los distintos intelectuales marxistas, sobre el carácter de esas sociedades, sobre en qué degeneró la ex URSS —que fue en sus comienzos, categóricamente, un auténtico Estado obrero—, sobre lo que fueron China, Vietnam, Cuba, *tiene un valor de tipo estratégico inmenso*. Porque como dice Claudio en su libro, las revoluciones de posguerra tuvieron elementos, gérmenes, costados de tipo anticapitalista y configuraron inmensos laboratorios de la lucha de clases. Pero, por otro lado, no llegaron a constituir auténticas sociedades de transición, en la medida en que esa misma transición quedó bloqueada desde el comienzo al quedar la clase obrera excluida del poder. Recoger esa experiencia y esos debates, actualizarlos y plantearlos hacia

adelante y para renovar el marxismo revolucionario al calor de esa evaluación nos parece muy importante, decisivo.

### ¿POR QUÉ GALLO ROJO?

Finalmente, es en este contexto, en el contexto del nuevo ciclo político que empezamos a transitar internacionalmente, en el contexto del retorno de experiencias de luchas con elementos de democracia de bases, en el contexto del retorno de debates estratégicos y de la necesidad de poner sobre la mesa el debate y la lucha por la perspectiva de la revolución socialista, que hemos tenido la iniciativa de *aportar a la formación de una nueva vanguardia obrera y estudiantil desde la apertura del Gallo Rojo*.

Durante las últimas dos décadas, el marxismo había prácticamente desaparecido de las universidades. Pero desde hace varios años se ha comenzado a observar, reflejando en alguna medida el cambio de signo político del período, un cierto retorno del debate del marxismo, incluso en las unidades académicas. La iniciativa de la librería Gallo Rojo y la de proponerse la edición de libros a partir del relanzamiento de Editorial Antídoto, están ligadas también a la pelea a brazo partido por *ayudar a formar a la nueva generación militante, la nueva generación obrera y estudiantil luchadora que empieza a emerger en nuestro país y en América Latina*. A formarla en los fundamentos del marxismo, haciéndolo de una manera que *recupera, recoge y valora la tradición clásica del marxismo revolucionario, de Marx, Engels, Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo, y al mismo tiempo busca desarrollar elaboraciones y actualizaciones que tengan que ver con las respuestas a las exigencias de nuestro tiempo*.

Este debate, este intercambio de ideas que estamos desarrollando hoy, deja una serie de problemas muy ricos que quedan en el tintero para seguir desarrollando en otras oportunidades, que no faltarán. La apertura de la librería y el relanzamiento de Antídoto se ponen, en ese sentido, a disposición del desarrollo de este debate estratégico acerca de *las vías para volver a abrir la perspectiva de la revolución socialista*.

## Ronda de preguntas

Pablo Bonavena

Por supuesto, lo que uno toma son los distintos datos que se van construyendo en medición de esos procesos. Muchas veces la gente no está familiarizada con los datos que se construyen, y aparecen lecturas de la realidad y opiniones que no siempre tienen sustento teórico y empírico.

Por ejemplo, para leer el momento ascendente o descendente en la conflictividad social no basta simplemente una mera contabilidad de hechos. El análisis también es cualitativo.

Por ejemplo, hay momentos de alta conflictividad laboral que coinciden con los momentos en que los gobiernos estimulan las paritarias. Son etapas donde el debate sobre las condiciones de trabajo, salario, etc., están más constreñidos a la institucionalidad. Entonces puede ser un período de muchas huelgas, pero que tienen un carácter muy distinto a un número menor de huelgas de otro momento histórico como 1969.

Ahora hay una serie de conflictos que tienen elementos de democracia directa, mayor radicalidad, acción directa, etc. Por ejemplo, el de los custodios del subte. Son conflictos de sectores que no tienen tradición sindical. Son nuevos sectores proletarios o nuevas fracciones de asalariados que están iniciando un proceso de reconocimiento en tal situación. Los atributos que señalé corresponden, en general, a los sectores que comienzan a incorporarse crecientemente en las últimas décadas como fracciones asalariadas. Una vez que se instalan y son reconocidos institucionalmente su actitud cambia.

## Ronda de preguntas

Claudio Katz

Yo quisiera hacer la siguiente observación: todos somos argentinos y tenemos muchos años de lucha y conocimiento del mundo de la izquierda. Y me parece que a veces opinamos con fastidio, como reacción contra el catastrofismo y el exitismo de algunas organizaciones. Y como uno nota que esos mensajes están fuera de la realidad, aparece la reacción opuesta y se plantea la conclusión contraria: no pasa nada, el mundo capitalista se ha estabilizado y todo lo que dicen los críticos del capitalismo es falso. Yo creo que debemos cuidarnos de este tipo de reacciones. Las entiendo, pero no las comparto. Se razona por reacción y no a partir de un análisis sereno.

El problema es encontrar un concepto para evaluar lo que denominó el "ciclo del período". Yo creo que se lo puede caracterizar a escala mundial, regional y nacional siguiendo tres criterios. Primero, determinar qué clase social tiene la iniciativa, quién está golpeando y quién está resistiendo. Es muy diferente si la burguesía está atropellando o si, por el contrario, hay conquistas sociales. Este criterio define el balance de las relaciones sociales de fuerza. Segundo, cuál es el estado de la lucha de clases, qué nivel de movilización popular prevalece. Tercero, cuál es el nivel de la conciencia política, antiimperialista, antiliberal y socialista.

Si uno tiene en cuenta estos tres elementos puede llegar a ciertas conclusiones de importancia. A nivel mundial, en los años 1980 a 1985 predomina un atropello thatcherista generalizado contra las conquistas sociales. No había duda del signo de la etapa. Segundo, había retrocesos en todos los países: derrotas estratégicas de los mineros en Inglaterra, de los controladores aéreos en Estados Unidos, ni hablar en América latina. Tercero, se había derrumbado la Unión Soviética y existía una crisis generalizada de credibilidad en el proyecto socialista. Si en esa época uno leía un análisis resaltando como la economía capitalista se desmorona y el socialismo avanza, la reacción que vemos aquí sería más que justificada, ¿no?

Pero como muy bien se señaló, algo cambió a partir de 1996 ó 1997. ¿Cambió sustancialmente la ofensiva burguesa sobre las mayorías populares? Más o menos. En este terreno hay elementos contradictorios, porque en términos generales el neoliberalismo sigue atropellando. Pero ya no atropella con tanto furor ni con los mismos métodos en general. En vez de Thatcher y Reagan se recurre a algún socio-liberal: Prodi, Zapatero, Lula, Tabaré, Bachelet. Pero ya no un Menem. Uno puede decir que la política económica de Tabaré y Menem es semejante, pero por algo está Tabaré. Hay una necesidad de la clase dominante de seguir avanzando, pero cambiando de personal. Y este giro refleja un límite. No cambió la balanza, pero la clase dominante perdió solidez en sus ofensivas.

En el segundo aspecto sí hay un cambio radical: hay una recuperación del nivel de lucha popular. Y si bien esto no es válido para países como Estados

Unidos, ni probablemente para Inglaterra, sí vale en Europa para un centro clave de la lucha mundial, para un país que desde 1789 marca el tono general. Francia determinó el giro de 1968 y el de 1995, y en Francia hay un giro a favor de la lucha social. Y acabamos de ver en Palestina un triunfo significativo: Israel es la primera vez que pierde en los últimos veinte años. Hay un giro también en Iraq, porque Estados Unidos está empantanado. Si uno compara todo Medio Oriente hoy respecto de 2001, cuando Bush empezó el ataque, hay una situación mucho más difícil para el imperialismo. Y finalmente, ni hablar de América latina: Bolivia, Ecuador, Argentina... hay un movimiento para adelante.

Tercer elemento: la conciencia. Aquí el proceso es contradictorio. Evidentemente, el espíritu ha cambiado, lo demuestran algo quizá tan conflictivo como son los Foros Sociales. Yo sé que aquí es muy cuestionado, pero no es lo mismo que haya un foro con 200.000 personas en Porto Alegre o Venezuela a que no haya nada. ¿Qué está indicando? Ilustra un movimiento. Por eso también se inaugura esta librería socialista, y un compañero me comentó que están vendiendo muchos libros marxistas, especialmente de autores clásicos. Este interés es un índice de un cambio en la conciencia, especialmente en América latina. Es un proceso contradictorio. No creo que el islamismo sea progresivo con respecto al nacionalismo de los años 80 en Medio Oriente. Pero también allí es una reacción frente a una capitulación. En síntesis: en el plano de la conciencia a escala general hay una recuperación del espíritu antiimperialista, una reacción contra el neoliberalismo y un comienzo de resurgimiento del socialismo.

Finalmente, los tres criterios en Argentina. Primero, desde el 2004 hay ya una fase de recuperación de conquistas sociales. La gran oleada menemista se frenó, y yo me atrevería a decir que hay datos de logros, especialmente en el sector de trabajadores formales privados. En el balance de la relación de fuerzas nadie puede decir que las masas atraviesan por un período de derrotas sociales.

Segundo criterio: la lucha de clases. Tuvimos el 2001 y lo que estamos viviendo es todavía una continuidad. Ahora no hay piquetes de desocupados, pero sí de los movimientos sociales, como por ejemplo Gualeguaychú, y en general el movimiento social mantiene un alto nivel de vitalidad.

Y el último tema, la conciencia. Los problemas de la izquierda son nuestros, internos, porque la situación es favorable para nuestro desarrollo, y si no sabemos aprovecharlo no le echamos la culpa a la gente. En la Argentina se hizo la principal manifestación de toda América latina contra Bush el año pasado, y en una encuesta ocho de cada diez personas decían que Israel actuó en forma criminal en el Líbano. Entonces también tenemos elementos de conciencia popular antiimperialistas muy importantes. Creo que tenemos contemplar en nuestro análisis la totalidad de estos elementos y no reflexionar por pura reacción frente a caracterizaciones inadecuadas.

